

Sin ir mas lejos, hablando de la pipa con agua que acabo de describir, el mozo del hotel me dijo que no haria bien en fumarla (pues yo queria hacerlo para conocer lo que era), porque producía desvanecimientos y males terribles de cabeza á todos aquellos que la fumaban sin ir acostumbrándose poco á poco por medio de un grande aprendizaje. Me disuadió sobre todo de mi empeño, saber que aquellos aparatos eran comunes para los parroquianos, y que por lo mismo esos gruesos pitones metálicos habian entrado en una generacion de bocas.

Concretéme, pues, buenamente á admirar á aquellos dos personajes de que arriba he hablado, los cuales no cesaban de extraer el humo sino instantes muy breves. Y me divertía en mirar las burbujas que formaba el agua en el interior del vaso, cada vez que el fumador, extrayendo el humo, hacia entrar el aire por el embudo que contenía el tabaco encendido.

A todo esto, me olvidaba de decir que esos terribles fumadores que me hacían frente eran dos persas. Imposible me sería pintar la gravedad de sus semblantes; su mirada era reposada y profunda, habia en todo su tipo una severidad que sería en vano buscar entre los europeos de Europa ó América. Estas razas del Oriente tienen no sé qué de majestuoso, cual si su espíritu reposara en una iniciación misteriosa; sublimidad singular que parece derivar directamente de la de los hombres primitivos con quienes Dios hacia alianzas; es la raza madre del mundo que conserva aún al través de los siglos trazas visibles de su dignidad genésica.

## CAPITULO V

# EL CAIRO VIEJO

Enero 18 de 1873.

**D**ESPUES de dos dias de ocio pasados en el Cairo, corriendo por la ciudad, entrando por todas partes, mezclándome con la población oriental siempre que ocasion se me presentaba, resolví conocer los lugares célebres de la ciudad y de las cercanías. Como me era imposible orientarme por mí mismo, me decidí á tomar un «dragoman.» El hostelero, Mr. Béraud, se encargó de proporcionármelo.

El «dragoman» que tomé era un jóven de treinta y cinco años, llamado Fortunato Amé. Nacido en Beyrouth, de padres italianos, hablaba á la perfección la lengua de sus padres, el árabe, el griego y el frances. Excusado es decir que en este último idioma él y yo nos entendíamos.

Lo primero que visité fué el Viejo Cairo, el antiguo Fostat, cuna de la ciudad actual, que se encuentra distante del Cairo moderno como una media legua. Los carruajes estaban muy caros en aquellos dias de Dios, y de mas á mas era bien raro encontrar alguno que estuviese libre. Por tanto, nos resolvimos á montar en borrico,

vehículo ordinario del Egipto, sobre el cual cabalga así el gran señor como el ganapan humilde, y que hace en las ciudades egipcias las veces de los ómnibus de Europa.

Sobre este manso animal, pues, caballero, dejé mi hotel á buena hora por la mañana, y trotando, trotando, pasé por las calles mas concurridas, no sin gran bochorno, debo confesarlo. Servíame de único consuelo pensar que Jair, el poderoso juez que gobernó á Israel, «tenia treinta hijos montados sobre treinta asnos;» que Abdon, otro juez no menos poderoso, «tenia cuarenta hijos y treinta nietos que montaban sobre setenta asnos;» que «los caudillos de Israel,» cantados por Débora, «montaban sobre asnos bien lucidos,» y finalmente, que sobre los lomos de este animal pacífico hizo su entrada en Jerusalem el Salvador del mundo.

A pesar de esto, con gran sobresalto veía á cada paso los coches pasar á poca distancia de mí, por aquellas calles estrechas, y aumentaba mi desesperacion la misma impasibilidad del asno, pues cuando me afanaba por apartarlo de la mala senda, él seguía adelante, diciendo «sí y no» con las orejas, como si no hubiera tenido por su parte una existencia que salvar. Por fortuna, en el Cairo marcha siempre delante de cada carruaje una especie de peon caminero, que en árabe se llama «seid,» el cual con sus gritos y con una larga vara que lleva en la mano, hace apartar á un lado y otro las personas y los animales para que pase el vehículo. El «seid» va siempre con los piés y la mitad de la pierna desnudos, vestido de blanco, con anchos calzones flotantes á la turca, chaleco oscuro bordado de oro y largas mangas abiertas que vuelan al aire, recogidas por la parte inferior de la espalda. En su cabeza está el «tarbush» (gorro rojo), y en la garganta de uno de sus piés, un lazo negro. Nada mas pintoresco que mirar uno de estos «seids» por la noche, corriendo delante de un coche con una hacha encendida en la mano, flotando al aire sus blancas mangas que parecen alas. Es una figura ligera y aérea que parece la forma fantástica de un cuento de magas. Visto por el

lado de la humanidad, el «seid» es un sér desgraciado que tiene que correr leguas delante de los caballos, por aprisa que marchen. He oido decir que no hay uno de estos infelices que viva muchos años, pues el exceso de la fatiga les enferma el corazon, y de un momento á otro, en una de estas carreras imposibles, caen repentinamente muertos de un ataque. Si esto no es así, es á lo menos natural y razonable, pues la complexion del hombre es bastante débil para que pueda soportar carreras incesantes de horas enteras, mas aceleradas que las de los mismos caballos. Desgraciadamente la utilidad de estas pobres víctimas salta á la vista para quien ha echado una ojeada sobre los callejones del Cairo no europeo. Sin los «seids» habria diariamente centenares de muertos y lastimados por los coches, pues sobre ser estrechísimas las calles, están siempre llenas de gente, y además los carruajes no hacen ruido por no haber mas pavimento que tierra húmeda y fangosa á las veces.

Como iba, pues, diciendo de mi cuento, que fué interrumpido por el incidente de los «seids,» cabalgaba sobre mi asno, cuando hé aquí que pasa como una exhalacion uno de estos mismos «seids» dando voces.

En seguida traté de hacer replegar mi cabalgadura hácia la pared, para evitar el peligro. Entonces conocí la verdad del adagio español que dice: «¿qué sabe el burro de freno?» Porque á pesar de tirar de él con la siniestra, y de darle sendos golpes con el paraguas de mi diestra, el dócil cuadrúpedo, en esta vez indócil, siguió trotando por la mitad de la calle. Y esto aconteció á la sazón que el coche llegaba por mi espalda, y gritaba el cochero y hacia sonar con fuerza su látigo. Sucedió, pues, que la lanza del coche me tomó por una pierna, dándome un golpe terrible, y que los caballos, tropezando con las ancas del borrico, lo arrojaron de través, y á mí al mismo tiempo, se entiende.

Los transeuntes arrojaron un grito, el coche se paró, y mi drago-man prorumpió en maldiciones contra el cochero, que no tenia culpa ninguna. En un instante me ví rodeado por la multitud.

Por fortuna, al caer el borrico habia podido yo sacar un pié del estribo y habia reposado sobre él; solo que siguiendo el impulso recibido, y no pudiendo sacar el otro pié, caí de bruces un poco adelante. Sin embargo, el carruaje habia pasado y no tuve mas que un buen golpe y un buen susto. Ni yo ni el asno recibimos lesion considerable; así que los dos nos levantamos, y él tornó á andar, y yo sobre sus lomos. Corrido estaba yo por demas por el accidente, y acabé de correrme cuando levantando por acaso mis ojos en alto, miré los balcones coronados de gente.

Un frances que pasaba por allí se acercó á mí y me dió el buen consejo de no hacer uso de los estribos, á fin de poder encontrarme libre en todo evento. Dile las gracias, así como á la multitud solícita que me rodeaba, y eché á andar mas de prisa, huyendo de aquel lugar de desdicha, con la cara bien escarlata y las orejas como una ascua.

Y así dió fin esa escena que fué un sainete, cuando estuvo á punto de ser para mí una tragedia; iba á decir «letal,» pero me pareció pleonasma.

Despues de un gran susto un gran gusto, dice el refran, y yo doy mi palabra de que es cierto. A pesar de encontrarme magullado en mas de algun lugar de mi cuerpo, apenas me ví lejos del sitio donde dí conmigo en tierra, comencé á reir y me sentia con deseos de entonar canciones y tal vez de bailar alguna cosa. Con este humor tan bello llegué al Viejo Cairo; y aunque verdaderamente es viejo, y además tortuoso y feo, lo encontré risueño y delicioso.

El Viejo Cairo está habitado solamente por cristianos; en parte griegos y en parte coftos; coftos y griegos en parte unidos, y cismáticos en parte. Es original encontrar aquella gente, aunque tan disímola en creencias, de los sectarios de Mahoma, idéntica á ellos en los trages y costumbres. Efectivamente, los hombres y las mujeres visten como los mahometanos; las mujeres llevan el rostro cubierto, y los hombres la cabeza rapada, con su correspondiente mechón en el medio.

La mayor parte de la poblacion del Cairo Viejo es de «coftos.» Mucho se ha opinado sobre la significacion y origen de esta palabra con que se les designa. Algunos dicen que viene del nombre de una ciudad del alto Egipto llamada Coptos, que es asiento de uno de sus obispados; otros, que de voz griega que significa «los circuncisos,» porque los coftos se circuncidan hasta el dia, aunque no por observancia religiosa, sino por aseo. La opinion mas fundada parece ser la que hace derivar esta palabra de «ægyptius,» que se escribia tambien «ægyptus,» no siendo la primera sílaba mas que un artículo. De manera que la voz «goptius» fácilmente puede haber degenerado en «coptus,» cambiada la g en su afine c, y omitida la i. Esta opinion aumenta de verosimilitud cuando se observa que los coftos parecen formar la antigua poblacion egipcia, mezclada bajo los Tolomeos y los Césares, con los griegos, los sirios y los romanos.

Cuando los árabes se apoderaron de Egipto, tiranizaron bárbaramente á los egipcios y griegos que poblaban el país. Los vencidos permanecieron separados de los conquistadores, formando un pueblo aparte. Los mahometanos no osaron exterminarlos, porque los encontraron instruidos en la escritura y las matemáticas que ellos habian menester, y que ignoraban por no ser mas que rudos guerreros. Actualmente los coftos forman, poco mas ó menos, una poblacion de doscientas mil almas.

Los coftos son los descendientes de los primeros cristianos de Egipto, que abrazaron desde muy temprano el cristianismo y dieron al mundo muchos santos y sabios, honra y lustre de esta religion. Durante largos años formaron parte de la iglesia griega oriental; pero cayeron despues en la secta de Eutiques ó de los «jacobitas,» que confunden las dos naturalezas de Jesucristo, y en esos errores permanecen hasta el dia. El patriarca de Alexandría presume ocupar la silla de San Márcos Evangelista, cuyo cuerpo ó cabeza se dice estar en Venecia.

Hacen sus matrimonios entre sí, sin mezclarse con los individuos de otra religion. Las mujeres se casan apenas salidas de la infancia. No bautizan á sus hijos sino cuatro ó cinco dias despues de su nacimiento.

El rasgo típico de los coftos como individuos de una religion, es la supersticion. Cada santo es entre ellos abogado para cosa distinta: San Antonio es bueno para hacer fecundas las hembras, desde las mujeres hasta las asnas, y el arcángel Gabriel para aumentar y distribuir las aguas del Nilo. El ayuno es entre ellos de una obligacion tan rigurosa, que ni los moribundos dejan de practicarlo, y antes mueren de debilidad, que sean capaces de quebrantarlo. Sus médicos se atienden más á los milagros que á la ciencia, y una de sus maneras de curar á los enfermos es hacerles beber de agua una cantidad igual al peso del Evangelio.

Los sacerdotes entre ellos son casados, y no hacen estudios especiales de la religion. El pueblo los escoge de su seno, y no exige de ellos sino que sepan leer y escribir. De suerte que los padres «coftos» no predicán nunca. Sin embargo, el patriarca es siempre elegido entre los monjes que profesan el celibato.

Sus ceremonias religiosas son bien singulares. Los libros en que rezan los oficios divinos están escritos en lengua desconocida, que se cree ser corrupcion del antiguo egipcio, con mezcla de palabras griegas y árabes. Yo he visto á los sacerdotes bendecir á los fieles al terminar la misa; esto lo hacen imponiendo á cada uno de ellos la mano sobre la cabeza. La operacion es bien larga.

Muchas de las antiguas costumbres de los cristianos creo que han de conservarse en la iglesia cofta, pues sus sectarios no han dejado de tener templos, sacerdotes, obispos y patriarcas, desde que Amrú hizo la conquista de Egipto.

Los coftos han representado siempre la parte ilustrada del país, desde la venida de los mahometanos; pero llegaron á su mas alto grado de influencia en tiempo de los mamelucos, que los hicieron

depositarios de toda su confianza, y los emplearon en la escritura, la percepcion de los impuestos, y en los cargos mas honoríficos del gobierno.

Actualmente, la situacion de la poblacion cofta es menos brillante. Como la civilizacion europea ha invadido ya estas clásicas tierras, para nada se ha menester la escasa ciencia de esos torpes amanuenses y adocenados contadores.—

Pero fuerza es volver ya á mi relato. Entramos en las estrechas calles del Cairo viejo. A poco andar llegamos á la puerta de una iglesia.

Bajamos de nuestros borricos y subimos por unos escalones de piedra. Entramos en un callejon oscuro: hay mendigos por todas partes que piden «bakshish;» «bakshish» en árabe quiere decir pago, gratificacion, dádiva, y no sé cuántas cosas más por el estilo; lo interesante es saber que para aquel á quien se dirige esta palabra significa «desembolso.»

Hallámonos en una iglesia pequeñita, bien iluminada, y que denuncia, por su construccion y sus ornamentos, venerable antigüedad: es San Jorge, iglesia griega que se pretende haber sido edificada hace mas de mil años. Un padre griego, con su grande barba negra y su sombrero alto sin alas, tambien negro y terminado en una especie de bóveda con bordes salientes, viene á mi encuentro y me saluda con suma cortesía. Por desgracia no podemos entendernos. Mi dragoman nos sirve de intérprete. Me muestra el altar, que es muy antiguo; una pintura de San Jorge venciendo al mónstruo (cuadro bizantino bien conservado y curioso); otro de los milagros de no recuerdo qué santo; y finalmente, un pequeño cuadro de una pintura en madera, hecha sobre pequeñas láminas colocadas de alto abajo las unas al lado de las otras, formando ángulos. Al principio percibí solamente incohexa mezcla de tintas. El padre, notando mi perplejidad, dió cierta inclinacion al cuadro y lo presentó ante mis ojos.

—San Jesus, me dijo sonriendo y creyendo hablar italiano.